



REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Hernán Confino y Rodrigo González Tizón, *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión en los 70* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2024).**

***Pilar Medina***

*Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de La Plata*  
*medinapilarpilar@gmail.com*

*Fecha de recepción: 22/03/2026*  
*Fecha de aprobación: 16/04/2026*

**L**os agradecimientos, que pueden ir al comienzo o al final de un libro, en *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión en los 70*, funcionan como manifiesto. Desde esas primeras páginas, Hernán Confino y Rodrigo González Tizón señalan que el proyecto de recopilación de fuentes, de narración de los discursos y de construcción de las ideas que estructuran este libro fue un trabajo colaborativo con varios colegas. Esto es prueba de que los autores se inscriben en una trama de investigadores de distintas generaciones que han construido conocimiento sobre la Historia Reciente argentina pero que, cada vez con más empeño, han volcado esos conocimientos a pensar los usos del pasado e intervenir en el presente. Resulta fundamental destacar esto si pensamos que reflexionar, sistematizar y escribir sobre las disputas por la memoria en Argentina como profesionales de las ciencias sociales nos atraviesa también en una dimensión política, colectiva y ciudadana cada vez más inquietante.

Los dos autores de este libro estudiaron historia en la Universidad de Buenos Aires a comienzos de los dos mil y se doctoraron en la Universidad Nacional de San Martín, donde se desempeñan como docentes. Sus últimos libros son prueba de lo mencionado más arriba: *La contraofensiva: el final de Montoneros* (2021) de Confino y *No solo un testigo. Una historia de los sobrevivientes del Vesubio (1978-2016)* (2023) de González Tizón nos permiten comprender que sus trayectorias como investigadores los han conducido a escribir una obra juntos que desafía las claves de producción de conocimiento histórico para entrar en la arena pública. *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión en los setenta* (2024) es una aproximación accesible y rigurosa a las preguntas ¿cómo entender las posiciones y motivaciones de los grupos que ponen en jaque los consensos democráticos construidos durante cuarenta años? ¿Por qué y dónde han florecido las voces que cuestionan la gravedad de las violaciones a los derechos humanos cometidas por el Estado argentino?

Son preguntas ineludibles en el contexto actual de avanzada de discursos de derecha y de incertidumbres en torno a cómo narrar o por qué medios optar cuando, lejos de apaciguarse, la batalla simbólica por los años setenta está más viva que nunca. Ante las transformaciones en el campo de las memorias que ocurrieron en nuestro país luego de los gobiernos kirchneristas, desde 2015 con el gobierno de Mauricio Macri y con mayor ímpetu a partir del triunfo de Javier Milei en 2023, los autores de este libro se preguntan si es posible hablar de negacionismos en Argentina o si, por el contrario, deberíamos encontrar otras formas de nombrarlo, acercándonos a las voces que han abierto en la escena pública viejos debates y construyendo simultáneamente nuevos argumentos y estrategias en la disputa por el pasado y, sobre todo, por el presente.

El libro de Confino y González Tizón tiene una división clara y ordenadora, que permite abordar los apartados de forma autónoma pero que logra desplegar el problema planteado como una totalidad. Además de una introducción y un espacio de conclusiones, el índice contiene cuatro capítulos en los que se desarrollan las cuatro ideas fuerza que organizan las intervenciones públicas de quienes cuestionan a los organismos de derechos humanos y al impulso en la construcción de memorias y políticas durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández. Los autores nombran estas cuatro ideas como las trincheras ideológicas desde donde se defiende la historia alternativa, la “memoria completa”, pero sostienen desde el principio que estos argumentos tienen como fin último reproducir en el presente el paradigma contrainsurgente que organizó y justificó la represión y las violaciones a los derechos humanos en el siglo pasado.

La introducción reconstruye el escenario en el cual los argumentos de las nuevas/viejas derechas se despliegan pero, a su vez, se propone enmarcarlos teóricamente para repensar cuáles son sus objetivos, a quiénes están dirigidos y, en última instancia, qué impacto social tienen o podrían tener. Ya en la tercera línea aparece Nicolás Márquez, un protagonista indiscutible del crecimiento de las voces de reivindicación del gobierno dictatorial que se analizan a lo largo de la obra. En su video, *Las mentiras de los 70 en 10 minutos*, Márquez se pregunta por los sentidos del 24 de marzo como fecha convertida en un “feriado turístico”, convencido que lo que se promueve en ella es una historia maniquea y no lo que “verdaderamente fue”: una guerra civil. A 50 años del golpe de Estado de 1976, ese feriado al que Márquez se refiere con tanto desprecio cobra una dimensión política y simbólica muy fuerte para quienes lo concebimos como respuesta a una demanda popular hacia el Estado como responsable de los crímenes cometidos en el pasado y de las acciones reparatorias en el presente.

En el tercer año del gobierno de Javier Milei, su equipo produjo nuevamente un instrumento comunicacional que instala el feriado como “Día de la Memoria por la Verdad y la Justicia COMPLETA”. Mientras tanto, una gran parte de la sociedad se movilizó junto a organismos y familiares en defensa de los derechos humanos bajo la consigna “Que digan dónde están”, sosteniendo un reclamo activo hacia el Estado. En el espacio que queda entre esas dos escenas tan antagónicas emerge la problematización que nos ofrecen Confino y González Tizón sobre las verdades y las mentiras en el territorio de las memorias. Los mecanismos de la negación nunca son únicamente simbólicos o discursivos y esto es un gran aporte del libro: los negacionismos son operaciones sobre el presente que responden a los intereses de grupos de poder.

En ese sentido, los autores destacan cómo la creencia de que existe una verdad oculta por el poder que debe ser revelada les permite a los negacionistas “traficar sus mentiras”. Cuando trasladamos al caso argentino las teorizaciones internacionales sobre el negacionismo, las voces que sostienen estos argumentos recurren menos a la negación de los crímenes y, en mayor medida, a su banalización, relativización o, en los casos más extremos, a su justificación o reivindicación. Pierre Vidal-Naquet, historiador francés, distingue entre discutir *con* o discutir *acerca* de los negacionistas y afirma que es la segunda actitud la que resulta indispensable. En torno a esta afirmación, nace el título del libro: analizar los discursos y aparatos ideológicos negacionistas como se hace con la *anatomía de una mentira*.

Nos sumergimos, ahora sí, en las cuatro trincheras ideológicas sobre las que se cimentan las narrativas de lo que Confino y González-Tizón llaman el entramado o el activismo de la “memoria completa”. En el primer capítulo, titulado *La guerra que no fue*, los autores se preguntan sobre los discursos del pasado que vuelven al presente casi espectralmente de forma textual: ciertos actores de la escena pública hablan de una guerra donde las fuerzas del Estado pudieron cometer excesos en el marco de la lucha contra la subversión. En virtud de desarmar este discurso, los autores reconstruyen la trama histórica a partir de fuentes y bibliografía actualizada. La violencia estatal y la represión bajo el signo del paradigma contrainsurgente que establecía un “enemigo interno” subversivo no comenzó el 24 de marzo de 1976 para enfrentar a las organizaciones armadas. Según Confino y González Tizón, el Plan CONINTES (1958-1961) y su implementación por parte de un gobierno constitucional es, tal vez, una de las pruebas más contundentes para pensar la planificación y la responsabilidad civil en la implementación de los postulados de la Doctrina de Seguridad Nacional estadounidense y de la Doctrina de la Guerra Revolucionaria francesa, desde muchos años antes. De hecho, señalan los autores, los militares argentinos tuvieron desarrollos originales en torno a la doctrina antisubversiva dado que pensaban en términos de “guerra interna” desde los tiempos de la Resistencia Peronista a finales de los cincuenta.

Estos postulados permiten a los autores recuperar, en el contexto de la Guerra Fría, los procesos contrarrevolucionarios y antisubversivos en contraposición a los movimientos revolucionarios de liberación. Es así que los desarrollos de un “saber hacer” contrainsurgente no pueden separarse de la construcción del enemigo como un Otro absoluto, deshumanizado y, por lo tanto, objeto de todo tipo de vejación. La legitimación de la última dictadura —así como el consenso en torno al discurso de la guerra— radicó en la eficacia para construir el conflicto como una amenaza para la seguridad de la Nación en su conjunto. Esto nos lleva a extender la temporalidad de la violencia estatal y las prácticas represivas desde el origen mismo del Estado-Nación hasta los bombardeos a la Plaza de Mayo de 1955 o la Masacre de Trelew de 1972.

Si no fue una guerra, entonces, ¿qué fue? Aunque nos preguntamos si nociones como genocidio no serían de ayuda para entender estos procesos, los autores de este libro eligen sortear los debates del campo socio-histórico en torno a cómo nombramos este proyecto disciplinador. En este libro se esgrimen las razones que nos permiten llamarlo Terrorismo de Estado: a partir de marzo de 1976 se desató un plan represivo con una escala y una profundidad sin igual respecto a los impulsos contrainsurgentes de los años previos. En este sentido, Confino y González Tizón

señalan que el apoyo social detrás de la intervención militar en general y de la lucha contra el “enemigo interno” en particular se generó a partir del despliegue de una serie de narrativas, campañas publicitarias y memorias que tomaron la forma de explicaciones sobre lo sucedido: “guerra interna”, “excesos” y “errores”. Tal como se afirma en esta obra, es fundamental leer críticamente el lenguaje castrense que se ha popularizado nuevamente en los últimos años, dado que estos argumentos buscaron y buscan invertir la carga de responsabilidad, relativizar los crímenes perpetrados por el Estado y culpabilizar a las víctimas.

En el segundo capítulo del libro, *La memoria incompleta*, se vuelve sobre un argumento central al relativizar los crímenes de la última dictadura equiparando la violencia civil y el terrorismo de Estado: “no pretendo eliminar la historia, pretendo completarla” (p.74). La figura central de este capítulo, autora de la frase citada, es Victoria Villarruel, quien encarna la renovación generacional del activismo castrense y la reactivación de organizaciones de militares y allegados a la causa de las “víctimas del terrorismo subversivo” frente a la reapertura en el año 2006 del proceso de justicia en torno a los crímenes de lesa humanidad. Una de las preguntas más punzantes de Confino y González Tizón en torno a este tema es ¿cuándo y por qué se impuso y consolidó un interés por las “otras víctimas”?

La operación discursiva que se despliega en esta segunda trinchera busca descontextualizar la violencia: “ante la imposibilidad de equiparar las violencias (...), los sectores militares y civiles apelaban al sufrimiento de las víctimas para intentar, de ese modo, igualar las responsabilidades políticas” (p.76) en palabras de los autores. En este marco, señalar que estas voces se constituyen como una provocación es uno de los grandes aciertos del trabajo de Confino y González Tizón. Estos grupos se apropian de la narrativa humanitaria de los organismos de derechos humanos y llaman a los militares condenados por delitos de lesa humanidad “presos políticos” y se inscriben en el “deber de memoria” propio de las primeras décadas del siglo XXI para hacer eco de sus demandas de “memoria completa”. Es decir, algo de la fortaleza y capacidad de disputa en la escena pública de estos grupos anidó en la rememoración “estetizada” o “mistificadora” de la militancia se-tentista por parte del discurso oficial kirchnerista.

A partir del 2015, esas memorias, en apariencia marginales, empezaron a encontrar resonancia pública en las declaraciones del presidente Macri y de funcionarios de su gobierno que empezaron a ampliar las fronteras de lo decible sobre el pasado reciente: el “curro” de los

derechos humanos, el cuestionamiento de la cifra y la búsqueda por “dar vuelta la página” son sólo algunos ejemplos. Fue recién el 24 de marzo de 2024, en el primer año del gobierno de Javier Milei, cuando la “memoria completa” se convirtió en memoria oficial a través del video institucional *24 de marzo. Día de la Memoria por la Verdad y la Justicia. Completa*. Ese mismo día en la Plaza de Mayo, los organismos de derechos humanos denunciaron que el negacionismo se había impuesto en nuestro país como política de Estado. Un video sobre la dictadura sin menciones al terrorismo de Estado no es “memoria completa”, son los ecos de las voces militares que llegan a nuestro presente a través de nuevos interlocutores.

La tercera trinchera que se aborda en la obra es *El número redondo*. El cuestionamiento de la cifra de treinta mil personas detenidas-desaparecidas en nuestro país es concebido por los autores como una discusión relativamente tardía que entra en la escena durante el gobierno de Macri. Ya desde la introducción, los autores señalan el cuestionamiento del número de víctimas como una operación común a la hora de relativizar crímenes de Estado; en el caso argentino, explican, este cuestionamiento encuentra un límite infranqueable en la clandestinidad de la represión. Hasta el día de hoy, los únicos que podrían aportar claridad sobre esta cifra, quienes podrían devolver la identidad a bebés —hoy adultos— apropiados y algún tipo de cierre a los familiares de desaparecidos que aún buscan sus restos, son los perpetradores. Y hasta el día de hoy, organismos, asociaciones civiles, la sociedad en su conjunto, despliega enormes esfuerzos por desandar el camino del horror y encontrar algunas certezas. Las primeras estimaciones del número de víctimas surgieron muy tempranamente, sin ninguna intención de falsear los hechos sino con la voluntad de denunciar lo que estaba sucediendo. En este tercer capítulo, Confino y González Tizón reconstruyen los orígenes de “los treinta mil”, para entender cómo se construyó la cifra —aportando datos de organismos locales e internacionales, así como direcciones de inteligencia del hemisferio—, pero también ponen de manifiesto su importancia simbólica como cifra abierta, como interpelación al Estado, como denuncia, como exigencia de respuestas.

En este sentido, los autores hacen hincapié en la “enunciación provisoria” que implicó el trabajo de la CONADEP con sus ocho mil novecientos sesenta y un casos. Esto es importante en tanto la cifra del informe Nunca Más, es un “caballito de batalla” infaltable dentro de los argumentos esgrimidos desde las voces de la “memoria completa”. Los autores señalan en este punto lo que los propios integrantes de la CONADEP han dicho: no todos los casos han sido denunciados, muchos por miedo, por la necesidad de sostener lo que quedó de cada familia,

porque simplemente no había nadie para hacerlo. El otro argumento de peso es la vinculación que se ha hecho entre las políticas reparatorias, como los subsidios, y el número de denuncias o de víctimas reconocidas. Una vez más, Confino y González Tizón señalan que las verdaderas motivaciones de estos cuestionamientos poco tienen que ver con un interés genuino por comprender el pasado y, en cambio, se relacionan con el cuestionamiento a las políticas de memoria y reparatorias de los gobiernos kirchneristas. El “enfoque aritmético”, preocupado por una “verdad histórica manipulada” pasa por alto el rasgo más singular del problema: no podemos contabilizar las víctimas porque no sabemos dónde están.

En el último capítulo, *La violencia armada en debate*, los autores se aproximan a un tema controvertido a la hora de narrar la historia reciente de nuestro país en la escena pública —ya sea en la escuela, los sitios de memoria o cualquier otro espacio—, pero que no es ignorado ni poco investigado en el ámbito académico. Quienes esgrimen los argumentos de la “memoria completa” aseguran que la violencia revolucionaria es algo de lo que no se habla porque fueron las organizaciones guerrilleras las que “empezaron la guerra” y porque quieren hacer pasar sus “crímenes” por “errores” para evitar ser juzgados. Estas fórmulas equiparan nuevamente violencias y crean un movimiento lineal de acción-reacción que habilita a responsabilizar a las organizaciones armadas del terrorismo de Estado. Confino y González Tizón vuelven a insistir en la importancia de preguntarnos qué se busca cuando ponemos la violencia guerrillera de los años setenta en el centro de nuestro análisis sobre el período.

Apelando una vez más al lenguaje militar, las voces del ecosistema de la “memoria completa” se presentan como portadoras de una verdad oculta y falseada por el supuesto triunfo político y cultural de la “subversión” en el presente (a pesar de su derrota en el pasado). La operación histórica a la que recurren es simple y efectiva: es necesario conocer el período previo que fue ocultado, argumentan, porque allí radica la justificación del despliegue represivo. Esta idea se sostiene, a su vez, en la caricatura de un relato oficial kirchnerista contra el que se reacciona. En contraposición, los autores proponen una reconstrucción profunda y compleja, basada en un variado corpus producido por ex militantes setentistas volcados a la investigación en el que se analiza de manera crítica el contexto previo al golpe de Estado y sus desenlaces. De esta manera, dejan en claro que la explicación de la opción por las armas no puede agotarse en el estudio del tercer pe-

ronismo, no debería tampoco proporcionar una visión heroica del pasado que omita las consecuencias de la violencia y mucho menos es una forma de legitimar o justificar la represión ilegal.

Como ya se señaló, las operaciones intelectuales y discursivas analizadas en este trabajo de Confino y González Tizón no se agotan en la lucha por los sentidos del pasado. En todos los casos, conllevan efectos muy concretos en el presente. Uno de los más destacados es el proyecto de impunidad del entramado de la “memoria completa”: libertad para los perpetradores y juicios para los militantes guerrilleros. El título de las conclusiones expresa este postulado: *La memoria se conjuga en presente*. El resurgimiento de los argumentos contrainsurgentes no es casual, se da en el marco de una reacción conservadora que ha emprendido una cruzada ideológica a nivel trasnacional.

Este libro no se escribió ni pretende ser leído en diez minutos, como el video de Márquez. Eso no quita que sus autores hayan logrado una lectura accesible, que brinda respuestas concretas a los sentidos abonados por quienes denuncian “las mentiras de los 70”, sintetizando años de trabajos y debates historiográficos sobre la Historia Reciente argentina en 256 páginas ¿Para quiénes es fundamental la lectura de este libro? Podría pensarse que para quienes intervienen en redes y plataformas, donde han proliferado las versiones simplificadas de esas trincheras, pero considero que es igualmente clave para docentes de todos los niveles —quienes encaramos cotidianamente la escena del debate público en las aulas— porque nos permite construir respuestas a preguntas que quizás nunca nos hicimos o no dejamos que nos hagan.

Las memorias, y en este libro queda clara su pluralidad, no existen sin disputas; de hecho, son en sí mismas una tensión entre colectivos, individuos, construcciones subterráneas que se vuelven oficiales, con mucho esfuerzo hegemónicas, y que producen, a su vez, nuevas alternativas. *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión en los 70* de Hernán Confino y Rodrigo González Tizón es un ejercicio de reconstrucción histórica, pero también de memoria. Su lectura se convierte en una herramienta para fundamentar que no existe una memoria única, correcta o verdadera, sino que las memorias se construyen desde el presente, y que la disputa por la memoria forma parte de los debates ideológicos de la sociedad en cada contexto. Es una obra que nos tensiona al acercarnos voces a las que muchas veces no accedemos, por cuestiones de algoritmos o circuitos escindidos, y que nos devuelve la confianza en la Historia como una herramienta para construir argumentos consistentes y complejos y no por ello inaccesibles o incomprensibles.